

El sentido de la metáfora, de la semántica a la teoría materialista del discurso

O sentido da metáfora, da semântica à teoria materialista do discurso

Bruno Crisorio¹
Universidad Nacional de La Plata

Resumen

El presente trabajo se propone calibrar el lugar que ocupa la *metáfora* en la teoría materialista del discurso, tal y como ha sido desarrollada Michel Pêcheux principalmente en *Las vérités de La Palice* (1975). Para ello comienza por resumir la posición pècheutiana respecto al sujeto y al sentido, y luego desarrolla las concepciones de la metáfora de tres obras escritas por “semantistas” (Greimas, el Grupo Mu, Le Guern): encuentra allí algunos presupuestos y evidencias que nuestro autor criticará, sobre todo las concepciones de “semas” y de “universo immanente de la significación”. Finalmente rastrea y desglosa las proposiciones lacanianas que Pêcheux utiliza en su polémica, y concluye señalando una diferencia importante entre el psicoanalista y el teórico materialista respecto al carácter “disruptivo” o “estabilizado” de la metáfora -diferencia que parece alcanzar a las distintas concepciones del sujeto y del Otro (Lacan) o el Estado (Althusser-Pêcheux).

Palabras clave: Metáfora. Pêcheux. Lacan. Semas. Teoría materialista del discurso

Resumo

O presente trabalho visa calibrar o lugar que a metáfora ocupa na teoria materialista do discurso, tal como foi desenvolvida principalmente por Michel Pêcheux em *Las vérités de La Palice* (1975). Para fazer isso, ele começa resumindo a posição de Pêcheux em relação ao sujeito e ao significado, e depois desenvolve as concepções de metáfora em três obras escritas por “semantistas” (Greimas, o Grupo Mu, Le Guern): ele encontra aí alguns pressupostos e evidências de que nosso autor criticará, sobretudo, as concepções de “semas” e “universo imanente de significação”. Por fim, ele traça e decompõe as proposições lacanianas que Pêcheux utiliza em sua polémica, e conclui apontando uma importante diferença entre o psicanalista e o teórico materialista no que diz respeito ao caráter “disruptivo” ou “estabilizado” da metáfora - diferença que parece alcançar as diferentes concepções de sujeito e de Outro (Lacan) ou de Estado (Althusser-Pêcheux).

Palavras-chave: Metáfora. Pêcheux. Lacan. Semas. Teoria materialista do discurso

¹ Licenciado en Letras por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE/UNLP). Miembro del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS). Actualmente se encuentra terminando su tesis de doctorado. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6069-9269>

Introducción

Al comienzo de su libro *Les vérités de La Palice. Linguistique, sémantique, philosophie*, publicado en 1975, Michel Pêcheux aclara: “nos proponemos aquí poner en cuestión las evidencias fundadoras de la ‘semántica’, intentando elaborar, de acuerdo a los medios de que disponemos, las bases de una teoría materialista” (Pêcheux, 2016, p. 36).

Las “vérités de La Palice” (verdades de Perogrullo o, según la traducción al castellano, verdades evidentes) serán entonces estas verdades aparentemente incuestionables sobre las que se asienta la semántica en tanto “ciencia del sentido”. ¿Cuáles son estas evidencias incuestionables que, sin embargo, Pêcheux cuestionará? Si bien no aparecen formuladas de este modo, creo que podrían resumirse así: hay un sentido “propio” del mundo (de las “personas y cosas” que el semantista “clasifica tan bien”, como dice irónicamente Pêcheux); hay un sentido “propio” del sujeto, que se sirve del lenguaje para expresar ideas personales, únicas. Dicho de otro modo: habría un sentido literal, según el cual las expresiones se adecuarían al mundo, y otro creativo, personal y subjetivo del lenguaje, relegado a lo que Saussure denomina el “habla”. Estas evidencias son ideológicas (Karcmarczyk, 2016, p. 20) no porque sean falsas, sino porque se presentan como originarias cuando en realidad son el efecto de prácticas sociales históricamente situadas.

Como para otros autores contemporáneos (de Lacan y Althusser a Foucault o Barthes), aquí no se trata de un inexplicable sujeto soberano, fundante, originario (y por lo tanto idealista), sino que es producto de determinadas condiciones sociohistóricas que lo ubican *a priori*, es decir, antes de su intervención y su voluntad, en un determinado lugar: en las relaciones de producción, en la lucha de clases, en el sistema educativo, en el género sexual, etc. Pero, mediante la interpelación estatal (en el sentido que le da Althusser), estos condicionamientos que fundan al sujeto, y que, como señala Lacan, se inscriben ya desde el nombre propio, se presentan como libremente elegidos por él. De acuerdo con la teoría no subjetivista del sentido (y del sujeto) que propone Pêcheux, entonces, sujeto y sentido son materialmente producidos e idealmente propuestos como originarios. La paradoja es que un supuesto sujeto libre se presenta como utilizando el lenguaje para expresar sus intereses, sus deseos, sus necesidades, sus opiniones, cuando es este lenguaje tanto el que lo constituye como sujeto como el que indica lo que puede y debe desear, necesitar, opinar.

Sin embargo, en sentido estricto no sería exactamente el lenguaje, superficie neutra o al menos “indiferente” (Pêcheux, 2016, p. 91), el agente de esta constitución, sino los discursos o las formaciones discursivas: estas nociones sirven a Pêcheux para perturbar el encuentro inmediato entre lengua (sistema neutral) y habla (uso individual y creativo),² mostrando que lo que decimos no es la pura expresión de nuestra voluntad sino que pertenece a un entramado discursivo conflictivo, “red compleja” que determina posibilidades y posiciones enunciativas. Así, “lo que Pêcheux ha teorizado con el nombre de ‘discurso’ es la evocación de algunas ideas tan simples como insoportables: el sujeto no es la fuente de su

² La pareja libertad/restricción o, si se prefiere, creatividad/sistema, tiene las propiedades circulares de una pareja ideológica, en la medida en que cada uno de los dos términos en presencia presupone al otro: la creatividad supone en efecto la existencia de un sistema que ella pueda hacer estallar, y todo sistema no es más que el efecto resultante de una creatividad anterior. Es precisamente con esta pareja ideológica que la noción de discurso pretende romper.

sentido; el sentido se forma en la historia por medio del trabajo de la memoria, la recuperación incesante de lo ya dicho; el sentido puede ser acorralado, pero siempre se escapa” (Macherey, 2015, p. 3). O, como señala Karczmarczyk, “lo que decimos y hacemos espontáneamente, ‘lo que hay que decir o hacer’ en una situación, remite a dichos y cosas que han ocurrido en otra parte” (2016, p. 21). Mediante los términos “preconstruido”, “interdiscurso”, “efecto de sostén”, entre otros, Pêcheux piensa el modo en que un enunciado producido *hic et nunc*, pretendidamente espontáneo, remite a un entramado discursivo que lo precede y lo excede, que no es neutro sino espacio de conflicto y que, al acotar los límites de lo que un sujeto puede decir en un contexto dado, produce al mismo tiempo las posiciones subjetivas posibles y el “efecto de sentido” por el cual determinadas proposiciones se tornan evidentes e indiscutibles (Macherey, 2015, p. 36).

En el recorrido conceptual de *Las verdades...*, la metáfora juega un rol fundamental. A caballo entre lingüística y retórica, entre sentido literal y figurado, la metáfora, paradigma de los “tropos de pensamiento”, parece ser el lugar estratégico por donde la semántica invade espuriamente terreno lingüístico, y por donde el sentido se filtra en la estructura no significativa de la significación. La concepción tradicional de la metáfora insiste en dos aspectos: la “propiedad” del significado de un término, es decir la adecuación respecto a un contenido determinado, que le pertenecería; y la “semejanza” de este significado con otro, que justificaría el traspaso de sentido. En su *Tratado de los tropos* (1730) Dumarsais da una definición clásica: “La metáfora es una figura por la cual se transporta, por así decir, el significado propio de una palabra a otro significado que solamente le conviene en virtud de una comparación que reside en la mente” (cit. en Le Guern, 1978, p. 13). Como se ve, la metáfora así entendida tiene como supuesto que las palabras tienen un significado propio, y luego un uso desviado, garantizado sin embargo por la semejanza (la comparación) con el significado primero.³

Para distanciarse de esta concepción, Michel Pêcheux recurre a dos definiciones lacanianas: “una palabra por otra, esa es la fórmula de la metáfora” (Lacan, 2003a, p. 487), y “la metáfora se coloca en el punto preciso donde el sentido se produce en el sinsentido” (p. 488). En el laconismo de la definición lacaniana, hay que prestar atención a lo que falta: no hay mención al sentido, no hay mención a la propiedad, no hay mención a la semejanza. La segunda afirmación lo aclara: la metáfora no proviene de un sentido previo, originario o literal, sino del sinsentido, y por lo tanto no puede haber semejanza *a priori*. La metáfora, en lugar de ser un *tropo* de desviación de un sentido primero, es en verdad un proceso no significativo de significación: desde esta perspectiva, el proceso de significación es esencialmente metafórico y por lo tanto no está anclado en una “propiedad” de los objetos que el sujeto tendría que descubrir, sino en la estructura significante del lenguaje (para Lacan) o en los discursos que, de modo más o menos provisorio, condensan y estabilizan sentidos para una formación social dada (para Pêcheux). Cuando, en el *Seminario 3*, Lacan afirma que en la metáfora no hay comparación sino identificación (2009, p. 313), dará pie a Pêcheux para pensar el carácter metafórico de la constitución del sujeto.

³ Así la metáfora puede constituir un enclave de la “pareja ideológica” entre libertad y restricción: al mismo tiempo libre, creativa, y constreñida por su adecuación a la realidad.

La concepción tradicional o clásica de la metáfora subyace a diversas perspectivas semánticas del siglo XX, que pueden criticarse desde la perspectiva pecheutiana. Nos centraremos en tres textos: *Semántica estructural* (1987) [1966] de A. J. Greimas; *Retórica general* (1987) [1970] del Grupo Mu; y *La metáfora y la metonimia* (1978) [1973] de Michel Le Guern. Nos interesan estos tres libros porque pertenecen a grandes rasgos a la misma época que *Les vérités...*, y trabajan con el concepto de “sema” en tanto unidad mínima de significación, que va a ser duramente criticado por Pêcheux.

Greimas: “universo inmanente de significación” y “núcleos sémicos”

Para Greimas, las ciencias humanas solo pueden hallar su denominador común “en la investigación referente a la significación”: “si las ciencias de la naturaleza se preguntan cómo son el hombre y el mundo, las ciencias del hombre se plantean, de manera más o menos explícita, la cuestión de saber lo que uno y otro significan” (1987, p. 7). Si bien - continúa- la lingüística se muestra como la disciplina mejor situada para delimitar el problema de la significación, la semántica “ha sido siempre la pariente pobre de la lingüística”. No solo porque ha sido precedida por la fonética y por la gramática; también porque, “una vez denominada e instaurada, no trató sino de tomar prestados sus métodos, ya de la retórica clásica, ya de la psicología de la introspección” (p. 9). Es por esto que la obra del autor se presenta como un intento de incluir la semántica dentro de la lingüística por derecho propio, y dotarla de una terminología científica adecuada, auxiliada por la lógica. Apoyándose en una ambigüedad presente ciertamente en la obra de Saussure (desde la propia división del signo en “significante” y “significado” hasta el problema de la analogía, donde la significación vuelve a cobrar relevancia), Greimas (1987) plantea la presuposición recíproca, en pie de igualdad, de significante y significado:

No podemos considerar a algo como significante ni concederle dicho nombre más que si significa algo realmente. La existencia del significante presupone por tanto la existencia del significado. Por su parte, el significado no es “significado” más que en la medida en que es significado, es decir, porque existe un significante que lo significa. Dicho de otro modo, la existencia del significado presupone la del significante (Greimas, 1987, p. 15).

Lo que esta “presuposición recíproca” deja en las sombras es su asimetría: el significante no presupone al significado del mismo modo que este a aquel. El significado es producto del significante, o mejor dicho, de la estructura significante en su sistema de oposiciones y diferencias. El significado no es previo a esta estructura, como un conjunto de rasgos del objeto, por ejemplo. En cambio, el significante presupone el significado de un modo radicalmente distinto: no como una realidad anterior e independiente de él, sino como algo que se debe presuponer lógicamente (más allá de su existencia) para que el significante exista. Nos encontramos con la misma presuposición retroactiva que opera en la interpelación de los individuos en sujetos: el aparato ideológico crea a los sujetos mediante su interpelación, pero lo hace de tal modo que estos aparecen como previos e independientes (y este efecto retroactivo es parte fundamental de su funcionamiento).

En cambio, la “presuposición recíproca” que defiende Greimas justifica la analogía entre estructura lingüística (fonética, gramatical, sintáctica) y estructura semántica, y la introducción de una serie de términos técnicos; entre ellos el de “semas”, que vendría a ser la traducción (vía Jakobson) de los *elementos diferenciales* de Saussure (Greimas, 1987, p. 34), y que el grupo Mu (evidenciando aún más su carácter ideológico) definirá como “unidades mínimas de sentido”. Esta concepción tiene dos consecuencias correlacionadas que Pêcheux criticará: la distinción entre “la significación como inmanencia y la significación como manifestación”, y la “positividad” de algunos semas, que Greimas llamará núcleos sémicos.

La significación en tanto inmanencia remite a “la estructura elemental, considerada y descrita ‘en sí’, es decir, fuera de cualquier contexto signifiante”, mientras que este contexto (y con él, desde una perspectiva materialista, la historia, las posiciones enunciativas marcadas por conflictos de clase, la posición de un discurso en el “todo complejo con dominante”, etc.) ingresaría en un segundo momento, presuponiendo dicha inmanencia. La estructura elemental “en sí” sería unívoca, precisa y clara, mientras que los malentendidos o ambigüedades se encontrarían en el plano de la manifestación, de la puesta en acto (nuevamente el habla) de la lengua:⁴ este desfasaje permitiría explicar la existencia del “ruido semántico” y de los varios “planos de lectura” (Pêcheux, Haroche y Henry, 1971, p. 99). El problema, para los autores, es que la misma noción de “universo inmanente de la significación” implica “un sistema metalingüístico capaz de describir ‘la realidad’ al aplicarse sobre ella como una red”, y por lo tanto “la existencia de una correspondencia *real* entre los universales lingüísticos de la significación y los universales extra-lingüísticos (físicos, biológicos, antropológicos, etc.)” (Pêcheux, Haroche y Henry, 1971, p. 100).

Pese a la cautela con la que se maneja Greimas, los presupuestos filosóficos sobre los que se asienta terminan cobrando su parte, lo que se evidenciará en la conceptualización de los “núcleos sémicos”. Los lexemas son unidades de comunicación portadoras de significación: cada lexema se presenta como “un conjunto de semas ligados entre sí por relaciones jerárquicas” (p. 54). Los semas no aparecen jamás “en sí” en la comunicación, sino que un grupo de ellos (muchas veces heterogéneo) conforma un lexema determinado; por la imposibilidad de aislar absolutamente los semas relevantes en la comunicación, existen el “ruido semántico” y los desfasajes entre el universo inmanente y el expresado. Ahora bien, una vez eliminados los aspectos “inesenciales” del lexema, los semas que pueden variar de acuerdo al contexto, nos quedarían “un *contenido positivo*, que debe ser, necesariamente, una disposición hipotáctica de semas [...] consideremos a este contenido positivo como el núcleo sémico y designémoslo mediante Ns, suponiendo que se presenta como un mínimo sémico permanente, como una invariante” (Greimas, 1987, p. 67). Esta conclusión parte en el texto del análisis del lexema *tête* (cabeza), que tendría una definición fundamental “que, según

⁴ Esta posición recupera la distinción entre lógica y retórica (o, más directamente, política) que para Pêcheux divide y articula la supuesta “unidad de la lengua” (2016, pp. 41-42), posicionando a los sujetos en un lugar determinado de la lucha de clases mediante un procedimiento de comunicación/no comunicación, y enmascarando este posicionamiento mediante la ficción de un acceso libre y autónomo a un lenguaje homogéneo. Ahora bien, ¿no es esta misma dinámica la que en un punto reproduce el par “intradiscurso/interdiscurso”? Al menos esta parece ser la lectura de Macherey, para quien en el intradiscurso solamente operan “las reglas de la lengua”, mientras que el interdiscurso “obedece a una lógica muy diferente, dejando lugar a los conflictos de interpretación, o a los quiproquos, que pueden ocasionalmente degenerar en enfrentamientos reales” (Macherey, 2015, pp. 45-46).

vemos, es ‘realista’ y se refiere a la imagen no lingüística del cuerpo”, y de la cual provendrían otros sentidos más o menos figurados (Greimas, 1987, p. 65). Mediante esta distinción entre núcleo sémico y semas contextuales, nos vamos acercando a una concepción de la metáfora que, con un ropaje terminológico nuevo, retoma el esquema *proprio/improprio* que recorre la reflexión occidental sobre el signo. A continuación, analizaremos esta persistencia en las obras del Grupo Mu y Michel Le Guern.

El Grupo Mu y Michel Le Guern: Retórica

Siguiendo explícitamente a Greimas, la *Retórica general* del Grupo Mu comienza por distinguir los planos del significante y del significado, que a su vez articulan jerárquicamente unidades discretas: “la descomposición se prosigue, en cada uno de los dos planos, hasta un nivel atómico o indivisible. En el plano del significante, se alcanzará así el nivel de los rasgos distintivos, y en el plano del significado se alcanzará el nivel de los semas” (Grupo Mu, 1987, p. 71). Esta distinción inicial, y la posterior articulación jerárquica de los elementos intrínsecos a cada plano, organizan un diagrama arbóreo y binario en el cual cada unidad de significante o de significado tiene una coordenada precisa. Encontramos nuevamente un sistema autónomo y preciso, lógico, de producción de significación, una “máquina de clasificar” (Pêcheux, 2016, p. 46), y luego la figura retórica como un desvío, un desplazamiento, un uso más o menos libre y subjetivo de esa máquina: la retórica en tanto disciplina será la encargada de aportar las “reglas” de estos desplazamientos, reconduciendo los desvíos al funcionamiento normal de la máquina.

Esta concepción de las figuras retóricas como “desvío” implica postular un “grado cero” de la lengua, un “discurso ‘ingenuo’ y sin artificios, desnudo de todo sobreentendido, para el cual ‘un gato es un gato’” (Grupo Mu, 1987, p. 77). Los autores reconocen el problema que conlleva esta suposición, pero lo resuelven, del mismo modo que Greimas, apelando a la distinción entre universo inmanente y universo manifestado. Así, afirman que el grado cero no está contenido en el lenguaje tal como nos es dado: “El *grado cero absoluto* sería entonces un discurso llevado a sus *semas esenciales* (mediante un procedimiento metalingüístico, puesto que estos semas no son especies léxicas distintas” (p. 78). El “grado cero” (en el cual los semas se adecuarían finalmente a la realidad extralingüística) queda entonces como un límite ideal, como un presupuesto indemostrable pero incuestionable que posibilita nuestro uso real y sinecdótico del lenguaje.

Los autores entienden que la metáfora es un “metasemema”; luego de dar algunas definiciones tentativas, los autores concluyen que los metasememas “modifican” el contenido de una palabra:

Tal como veremos, tiene que quedar siempre una *parcela* del sentido inicial. [...] consideraremos la palabra, o más exactamente el *lexema* (unidad mínima del discurso) como una colección de *semas* (unidades mínimas de sentido), de los cuales unos son *nucleares* y otros *contextuales*, produciendo su suma un efecto de sentido o *semema* (p. 159).

La figura, entonces, no debe destruir el sentido inicial; por esto la modificación debe ser “regulada” y “lícita” para ser “justa”, y no caer en un terrorismo metafórico como el propuesto por dadaístas y surrealistas. Dicho de otro modo, los metasemas, por imprevistos que sean, deben descansar en una relación real y previa.

A partir de aquí la metáfora es descrita como una intersección entre el contenido de los dos términos, y la modificación de este contenido resulta de la supresión y adición de semas: se suprimen del término reemplazado aquellos semas que no comparte con el término reemplazante, y se agregan los semas de este último que son ajenos al primero; los semas no comunes son igualmente importantes, ya que crean la imagen (Le Guern la llamará “imagen asociada”) y desencadenan el mecanismo de reducción al romper la isotopía. Es decir, si no hubiera semas incompatibles con el sentido buscado, el término sería entendido en su sentido propio y no habría proceso metafórico (que es justamente la reducción sémica a aquellos semas comunes con el término elidido).

La noción de intersección entre dos lexemas lleva al Grupo a considerar finalmente la metáfora como el producto de dos sinécdoques, de las cuales una es particularizante y la otra generalizante. En la frase de Pascal “el hombre es una caña, la más débil de la naturaleza; pero es una caña que piensa”, la incompatibilidad entre “hombre” y “caña” nos lleva a realizar la reducción sémica del segundo término, hasta encontrar aquellos semas que comparte con el primero. Pascal nos facilita la búsqueda: es la “debilidad”. El proceso sería entonces el siguiente: hombre – sinécdoque generalizante – debilidad – sinécdoque particularizante – caña. Aquellos semas de “caña” incompatibles con “hombre” no desaparecen, sino que forman la imagen. La metáfora, así, “se basa en una identidad real manifestada por la intersección de dos términos para afirmar la identidad de los términos enteros” (Grupo Mu, 1987, p. 178).

Le Guern discutirá la concepción de la metáfora como producto de dos sinécdoques, y planteará en cambio una distinción tajante entre metáfora y metonimia (e incluirá a la sinécdoque en el segundo grupo, como metonimia de la parte por el todo o a la inversa): mientras que el proceso metafórico concierne a la organización sémica (y por lo tanto es intralingüístico), el proceso metonímico modificaría la relación referencial (es así extralingüístico). Más allá de esta diferencia, Le Guern comparte los mismos presupuestos ideológicos. Distinguirá entre “denotación” (el “contenido de información lógica del lenguaje”) y “connotación” (el “conjunto de los sistemas significantes que se pueden descubrir en un texto además de la denotación en sí”) y clasificará la segunda en “connotaciones sociológicas” y “psicológicas”, que pueden ser a su vez libres u obligadas (Le Guern, 1978, p. 24). Insistiendo más adelante sobre el carácter subjetivo de la connotación, afirmará que

la producción de la imagen asociada aparece, pues, como un hecho ligado a cada personalidad [...] La metáfora, al mismo tiempo que recurre a este mecanismo de la imagen asociada, le quita esta libertad y este carácter aparentemente arbitrario. Impone al espíritu del lector, por superposición con relación a la información lógica contenida en el enunciado, una imagen asociada que corresponde a la que se formó en el espíritu del autor (Le Guern, 1978, p. 48).

Reaparecen así los pares ideológicos lógica/retórica y sistema/libertad. Y, concomitantemente, la distinción *evidente* entre objetos claros y distintos y sujetos que se servirían del lenguaje para hablar de esos objetos (mediante la lógica), o para expresar su propia subjetividad, su propia visión del mundo (mediante la retórica).

En el capítulo VII, llamado “Las motivaciones de la metáfora”, Le Guern (1978, p. 76) comienza constatando una paradoja: “El lenguaje, cuya función evidente es la de llamar a las cosas por su nombre, recurre en numerosas circunstancias a un procedimiento consistente en designar una realidad por un nombre que no es el suyo [...] El lenguaje de todo hombre razonable pretende ser lógico; la metáfora, en cambio, no lo es”. Esta incoherencia, por su parte, requiere ser justificada desde el punto de vista de las “motivaciones”, ya que el lenguaje es una actividad voluntaria. Luego de analizar algunas motivaciones posibles pero secundarias (como el incremento del vocabulario de una lengua, o la capacidad de expresar aquello que aún no tiene nombre), llega a una conclusión previsible: si la motivación de la metáfora no es nombrar un objeto, “llamar a las cosas por su nombre”, entonces debe estar del lado del sujeto. Es así cómo, al final del capítulo y retomando el esquema propuesto por Jakobson sobre las funciones del lenguaje, Le Guern (1978, p. 87) afirma que las motivaciones de la metáfora “vienen, pues, de la función emotiva, centrada en el remitente, o de la función conativa, que es la orientación hacia el destinatario. Podemos decir que, esencialmente, la metáfora sirve para expresar una emoción o un sentimiento, que intenta sean compartidos”.

Recapitulemos los supuestos que comparten Greimas, el Grupo Mu y Le Guern:

- a. Tenemos primero una lengua como trabazón de estructuras de significación. Esto conlleva incluir en las palabras no solamente las distinciones fonológicas (productoras de significación, pero en sí carentes de ella) sino también distinciones sémicas.
- b. De este modo, las palabras (a partir de ahora, lexemas) terminan por tener un contenido positivo (y no ya solo diferencial), y por lo tanto una determinada adecuación con “los objetos”, “las cosas”, “la realidad”.
- c. El desfase entre lenguaje y realidad se explica por la distinción entre el universo inmanente de la significación (universo lógico y abstracto) y el universo expresado o manifestado, que es la puesta en uso de este sistema por parte de un sujeto.
- d. La metáfora escapa a las cadenas lógicas del lenguaje racional pero solo parcialmente, porque la composición sémica de los términos en relación metafórica actúa como límite del desplazamiento: siempre tiene que haber algo en común entre ambos lexemas. La metáfora, por lejana que sea, tiene que ser justa.
- e. Por lo tanto, la metáfora (y el uso creativo y libre de la lengua en general) descansa en última instancia sobre la propiedad de la lengua, su adecuación a la realidad. La retórica es así un desvío que siempre puede reconducirse al camino correcto.

Lacan: sintaxis y estructura significante

La posición materialista de Pêcheux se articula a partir de una concepción diametralmente opuesta de la metáfora. Lejos de la “solución” idealista, Pêcheux entiende que la metáfora es, por un lado, “un proceso no subjetivo en el cual se constituye el sujeto” (2016, p. 121), y por otro un “proceso socio-histórico que sirve de fundamento a la *presentación [donación/modo de darse] de objetos a los sujetos*, y no [...] una simple *manera de hablar* que vendría a desarrollarse secundariamente sobre la base de un sentido primero” (p. 123). De pronto, y por una suerte de inversión, la metáfora pasa de ser un “recurso retórico derivado” a ser un “proceso socio-histórico constitutivo”. Cambia así no solamente de jerarquía, sino directamente de estatuto. Aquí Pêcheux recurre a Lacan, ya que le permite pensar dos cuestiones fundamentales para su teoría materialista: el carácter sometido y producido del sujeto (junto con la evidencia de su soberanía y libertad, que Lacan llama “imaginaria” y Althusser “ideológica”); la imposibilidad del lenguaje de alcanzar una realidad pre o extralingüística, de adecuarse a ella, lo que Lacan enfatiza tematizando la resistencia de la barra que separa al significante del significado.

Apoyándose en Jakobson, Lacan vincula la metonimia con la facultad combinatoria del lenguaje, y la metáfora con su capacidad sustitutiva. Dicho rápidamente: los significantes pueden combinarse entre sí, formando una secuencia determinada; pero también uno puede sustituir al otro, en una relación que ya no es de mutua presencia, sino de presencia/ausencia o actualidad/virtualidad. En esta línea, entiende metonimia y metáfora como procedimientos elementales del lenguaje: para Lacan el significante no puede superar la barra “resistente a la significación” y alcanzar el significado, sino que remite, metonímicamente, a otro significante de la cadena. En la estructura metonímica, “es la conexión del significante con el significante la que permite la elisión por la cual el significante instala la carencia de ser en la relación de objeto” (Lacan, 2003a, p. 495). Si comprendemos bien, lo que produce la metáfora mediante la sustitución (y no ya la combinación) significante es un efecto de significación, no porque finalmente se alcance el objeto “real” sino porque un significante queda ubicado del otro lado de la barra, en posición de significado.⁵ En lugar del deslizamiento metonímico en torno a un objeto inaccesible, tendríamos un significante metafórico en relación de objeto, relación paradigmática que detiene el deslizamiento y produce “la emergencia de la significación” (p. 496).

Ahora quizás se comprenda mejor la afirmación según la cual “la metáfora se coloca en el punto preciso donde el sentido se produce en el sinsentido”. El sentido, o la significación, son un mero efecto de sustitución o equivalencia (por eso Pêcheux relacionará metáfora y paráfrasis). Pero, como no hay sentido previo, no hay nada “natural” que predestine a dos significantes a entablar entre sí una relación metafórica, salvo el hecho de ser precisamente dos significantes, “reductibles, como tales, a una oposición fonemática” (Lacan, 2003b, p. 868). Por eso, lejos de rechazar el terrorismo surrealista, es allí donde Lacan encuentra la clave originaria de la metáfora: no en la similitud semántica sino en la estructura significante.

⁵ Pêcheux afirmará que “el sentido es siempre una palabra, una expresión o una proposición *para* otra palabra, otra expresión o proposición” (2016, p. 220).

El primer acercamiento al problema de la metáfora por parte de Lacan se encuentra en el seminario dictado entre 1955 y 1956, publicado bajo el nombre *Las psicosis*. Gran parte del análisis se basa en un verso de Victor Hugo: “Su gavilla no era avara ni odiosa”. La gavilla sustituye según Lacan al sujeto Booz, protagonista del poema, anciano generoso y rico, resignado a no dejar descendencia. Esta sustitución metafórica no ocurre, desde ya, gracias a similitud alguna entre Booz y la gavilla, pero tampoco se debe a la conexión lexical entre la gavilla y los demás términos del verso: “nada en el uso del diccionario puede, así sea por un instante, sugerir que una gavilla puede ser avara, o aún menos odiosa” (Lacan, 2009, p. 313). Podría pensarse que aquí hay un acercamiento entre la postura lacaniana y la de los semantistas estudiados: la ruptura de la isotopía es lo que activa el proceso metafórico, etc. Pero si estos consideran la ruptura como un desvío, un uso secundario e idiosincrásico del lenguaje, Lacan encuentra allí el proceso primordial de la significación: “el uso de la lengua es susceptible de significación sólo a partir del momento en que se puede decir *Su gavilla no era ni avara ni odiosa*, vale decir, en que la significación arranca el significante de sus conexiones lexicales” (Lacan, 2009, p. 313).

De este análisis, que aquí apenas esbozamos, se desprende que el proceso metafórico no es la mera sustitución de un significante por otro, como si este traspaso de significación ocurriera en el vacío abstracto de la lengua, sino que tiene lugar en un enunciado, en una concatenación sintáctica. La metáfora depende así de la sintaxis, por lo tanto, de la metonimia:

La gavilla puede ser identificada a Booz en su falta de avaricia y en su generosidad, por el hecho de que es el sujeto de *avara y odiosa*. La gavilla es literalmente idéntica al sujeto Booz por su similitud de posición. Su dimensión de similitud es, sin duda, lo más cautivante del uso significativo del lenguaje, que domina hasta tal punto la aprehensión del juego del simbolismo que enmascara la existencia de la otra dimensión, la sintáctica (Lacan, 2009, p. 314).

La mera oposición fonemática, por lo tanto, es lo que garantiza la posibilidad de la metáfora, pero esta solamente tiene lugar en un encadenamiento sintáctico, ya que la sustitución no depende de la similitud semántica de los significantes sino de la “similitud de posición”. Contra toda “evidencia”, entonces, la metáfora no es un fenómeno del sentido sino de la sintaxis. Booz y la gavilla, y cualquier otro nombre que podamos pensar, pueden entrar en relación de sustitución o equivalencia siempre que cumplan la misma función sintáctica, por ejemplo la de sujeto.

Si esto es así, la metáfora no trataría tanto de identidad (como dice Lacan en la cita anterior) sino de “identificación”. No hay identidad previa, igualdad consigo mismo, a partir de la cual se desarrolla una comparación con otra positividad más o menos afín; hay, en cambio, procesos de identificación, por los cuales dos o más significantes quedan, en una cadena significante determinada, asociados en relación paradigmática, sin que eso implique que posean ninguna sustancia previa en común.

Pêcheux y la interpelación-identificación

Pêcheux retoma esta concepción de la metáfora, y la ubica en posición constituyente del sujeto y del sentido, para oponerse a dos vertientes de esta “solución idealista”. La primera consistiría en postular una esencia, una identidad previa a la identificación: el mito del “pueblo”, o de la “esencia humana”, el “sujeto trascendental”, etc.; la segunda postula la existencia de individuos racionales y autónomos que luego se agruparían y se relacionarían de acuerdo con sus intereses, transparentes para ellos mismos, mediante una comunicación igualmente transparente. Esta segunda posición, que representa ideológicamente el proceso de identificación bajo la forma de la “intersubjetividad y el consenso” (Pêcheux, 2016, p. 120), reconoce el carácter metafórico de expresiones como “pueblo”, “nación”, “patria”, por ejemplo, pero falla en ver la “eficacia material” de estas metáforas, su productividad mediante lo que Althusser llama “interpelación”, y Pêcheux “interpelación-identificación”. Esta segunda vertiente, empirista y positivista, sigue concibiendo la existencia de sujetos previos a la Ley de Cultura, previos al trabajo metafórico de la identificación, y defiende también, por lo tanto, una suerte de trascendencia del sujeto, su universalidad abstracta.

En cambio, explica Pêcheux, “para que Dupont pertenezca a ‘el conjunto de los franceses’, es preciso que él sea producido *como francés*, lo que supone la *existencia eficaz* no de ‘Marianne’ sino de ‘Francia’ y de sus instituciones políticas y jurídicas” (Pêcheux, 2016, p. 112). Vemos cómo, en el análisis pêcheutiano, la eficacia material de las metáforas no descansa (como podía pensarse leyendo a Lacan) exclusivamente en la estructura significante, sino en un conjunto heterogéneo de discursos, prácticas e instituciones que fijan o estabilizan su sentido. O mejor, esta estructura significante no se da sobre el espacio neutro y despojado del “código lingüístico”, como aún lo llamaba Jakobson, sino sobre este “campo de batalla” más o menos disimulado, cuyos elementos, en conflicto o alianza, no pueden pensarse por fuera de su constitución histórica.⁶

“Yo soy Bruno Crisorio, argentino, hombre”. Esta evidencia incontrastable, más allá de la cual, en tanto sujeto, no puedo remontarme, no depende de una decisión racional mía pero tampoco de una sustancia previa o trascendente (biológica, espiritual o de otro tipo); es el resultado de una producción histórico social vehiculizada por distintos Aparatos Ideológicos del Estado: el familiar (mi nombre propio), el jurídico-administrativo (la inscripción de mi género y mi nacionalidad en el Documento Nacional de Identidad, junto con mi apellido paterno, obligatorio a diferencia del materno), el escolar (que, junto a los otros, otorga sentidos a los términos “argentino” y “hombre”).

Este esbozo, ciertamente esquemático, del proceso de interpelación-identificación, muestra dos cosas: que no hay nada “natural” o pre social con anterioridad a mi constitución como sujeto, y que (por lo mismo) la identificación se produjo siempre-ya, es decir, con

⁶ En un texto anterior firmado como Thomas Herbert, Pêcheux había elaborado también el concepto de metonimia, que en *Las verdades...* no se desarrolla. En nuestra lectura, la metáfora en *Las verdades...* recubre lo que en el texto anterior Herbert llamaba metonimia. Quizás el cambio terminológico se deba a una lectura más atenta de la propuesta lacaniana: en efecto, si la metonimia implica la organización sintáctica, no puede producir sentido (ni sujeto) por su deslizamiento incesante. El anclaje, provisorio pero efectivo, y por lo tanto la identificación que Herbert menciona, depende como vimos de la sustitución metafórica, lo que no implica un desentendimiento de la sintaxis, sino que la presupone.

independencia de mi supuesta voluntad. En palabras de Pêcheux, “la ‘evidencia’ de la identidad oculta que esta es el resultado de una identificación-interpelación del sujeto cuyo origen extraño le resulta, sin embargo, ‘extrañamente familiar’” (Pêcheux, 2016, pp. 138-139). El proceso de identificación es posibilitado por el lenguaje (mediante los deícticos o *shiffters*, o las relativas explicativas y determinativas que Pêcheux analiza en la primera parte de su libro), pero este no determina su sentido. Si puedo afirmar “yo soy Bruno Crisorio” (o “soy hombre”, “docente”, “argentino”, etc.) es formalmente porque puedo ocupar el lugar, privado de referencia, del pronombre “yo”; pero el sentido de estas afirmaciones no tiene lugar en el lenguaje, sino en una serie de equivalencias instauradas en una formación discursiva específica, y que remiten al orden de lo ya dicho “en otra parte”, es decir, al interdiscurso. Así,

por encima de la evidencia de que “yo soy yo” (con mi nombre, mi familia, mis amigos, mis recuerdos, mis “ideas”, mis intenciones y mis compromisos), está el proceso de la interpelación-identificación que *produce* al sujeto en el espacio vacante: “aquel que...”, es decir X, el quidam que *se encontrará allí*; y esto bajo diferentes formas, impuestas por las “relaciones sociales jurídico-ideológicas” (Pêcheux, 2016, p. 141).

Esta distinción entre posibilidad formal y determinación material del sentido, que no aparece formulada de este modo en el trabajo de Pêcheux, es útil para comprender lo que de otro modo podría interpretarse como una contradicción. En la “Conclusión” a *Las verdades evidentes*, el autor señala que “el significante, que no es el signo, y como tal no tiene sentido, determina la constitución del signo y del sentido”; pero casi inmediatamente después explica que el transporte (meta-fora),

por el cual se ponen en presencia elementos significantes de tal modo que “revisten un sentido”, no podría estar predeterminada por propiedades de la lengua (por ejemplo, vínculos “lingüísticos” entre sintaxis y léxico); eso sería, en efecto, suponer precisamente que los elementos significantes ya están como tales dotados de sentido, que tienen al menos *sentido*, o *sentidos*, antes de tener *un* sentido (Pêcheux, 2016, p. 220).

Si la estructura significante, así como el par metáfora-metonimia, son para Lacan propiedades de la lengua (y Pêcheux no se distancia aquí de Lacan, al menos no explícitamente), ¿cómo entender entonces esta “determinación-no determinación”? Podría pensarse que el lenguaje determina el “hay” del sentido, su mera posibilidad, pero no el “qué”, dependiente siempre de un interdiscurso que retrae su origen indefinidamente:

De hecho, el sentido no existe en ninguna parte sino en los vínculos de metáfora (realizados en efectos de substitución, paráfrasis, formaciones de sinónimos), de los cuales cierta formación discursiva viene a ser históricamente el lugar más o menos provisorio: las palabras, expresiones y proposiciones reciben su sentido de la formación discursiva a la cual pertenecen. Simultáneamente, la transparencia del sentido que se constituye en una formación discursiva enmascara la dependencia de esta respecto del interdiscurso (Pêcheux, 2016, p. 220).

Pregunta final: ¿metáfora impertinente o metáfora gastada?

Hay, sin embargo, una diferencia en las concepciones de Lacan y de Pêcheux, que implica una serie de desplazamientos conceptuales respecto a las nociones mismas de sujeto (sujeto del psicoanálisis en uno, sujeto ideológico en el otro) y de totalidad (orden simbólico en uno, todo complejo con dominante en el otro). Lacan insiste en el carácter novedoso de la metáfora: “La chispa creadora de la metáfora [...] brota entre dos significantes” (2003a, p. 487); “es en la sustitución del significante por el significante donde se produce un efecto de significación que es de poesía o de creación” (pp. 495-496). La metáfora, precisamente porque escapa a las restricciones tanto paradigmáticas como sintagmáticas preestablecidas, inaugura un “advenimiento de la significación” no deducible de los componentes previos. Es por eso que los diversos ejemplos a partir de los cuales trabaja la metáfora son propiamente impertinentes, y paradójicamente no confirman un sentido (una “evidencia”) sino que la obstaculizan: así el ya citado verso de Victor Hugo, pero también “El amor es un guijarro que se ríe en el sol” (p. 488). Y en “La metáfora del sujeto”, Lacan entiende la potencialidad originaria de la metáfora de un modo que podría parecer diametralmente opuesto a la hipótesis defendida por Pêcheux (2003b, p. 869): “la metáfora radical está dada en el acceso de rabia narrado por Freud del niño [...] el cual interpela a su padre al ser contrariado por éste: “Du Lampe, du Handtuch, du Teller, usw.” (Tú lámpara, tú servilleta, tú plato... y qué más)

Vemos cómo, mediante una palabra que posteriormente Althusser utilizará en una dirección opuesta, “interpelar”, Lacan plantea no la evidencia de una identidad, sino el absurdo de una incompatibilidad semántica. En verdad, claro, ambos procedimientos son complementarios y se articulan sobre la misma ausencia de sentido originario: hay tanta o tan poca verdad en decir “tú lámpara” como en decir “tú nene” o “tú papá”, y si una interpelación tiene una eficacia que la otra no, es precisamente porque está asegurada por mecanismos ideológicos (Althusser) o simbólicos (Lacan). Pero los ejemplos elegidos por Lacan apuntan hacia la metáfora en tanto ruptura de esos mecanismos; apuntan, quizás, hacia una des-identificación correlativa a la identificación que reconociera en el seminario sobre *Las psicosis*.

Los ejemplos que aporta Pêcheux, por el contrario, son tan evidentes que difícilmente los reconocemos como metáforas: francés, hombre, obrero; y buena parte del trabajo del autor consiste, como hemos visto, en desmontar esas evidencias para que reencontremos las metáforas naturalizadas. Acaso pueda entenderse la diferencia entre ambos autores como un énfasis puesto sobre diferentes momentos del proceso metafórico: Lacan privilegiaría el momento disruptivo, impertinente de la metáfora, cuando corta los lazos sintácticos y semánticos habituales; mientras que Pêcheux se detendría en las metáforas que los semantistas llaman lexicalizadas o gastadas, cuando el término esconde su carácter metafórico y se presenta como sentido primero, “originario”. Ambos momentos pueden entenderse como complementarios; permanece sin embargo el problema del origen del sentido. ¿Es posible la novedad radical del sentido, o siempre estará determinado por el interdiscurso, por más que su aparente transparencia enmascare su carácter derivado (no ya de un sentido primero u objetivo, sino de un proceso metafórico sin origen)? Sin atrevernos a dar una respuesta, aventuramos que la metáfora se convierte entonces en un enclave para pensar y problematizar algunas dimensiones en conflicto en las propuestas de Lacan y de Pêcheux

(vía Althusser): el sujeto como producto exclusivo de la interpelación (Pêcheux) o bien como “respuesta de lo real”, como fracaso (parcial) en la interpelación;⁷ el orden social como un “todo complejo con dominante”, o bien como un Otro barrado, es decir estructuralmente incompleto e incompletable; la “transformación” a partir de la *combinación* materialista,⁸ o bien la novedad posibilitada por la falta estructural.

Creemos que, si bien para ambos autores la metáfora es un proceso de constitución del sujeto y del sentido, la diferencia radica en si esta va a ser entendida como absolutamente determinada por el interdiscurso -“organización compleja con dominante, luego potencialmente conflictiva, que hace que allí donde se habla haya obligatoriamente una relación de fuerzas, generadora de tensiones y de ambigüedades de sentido y, eventualmente, de desvíos en las conductas” (Macherey, 2015, p. 45)-, o si va a ser considerada como constitutivamente excesiva respecto del orden simbólico. Y es que, a pesar de la cercanía teórica entre ambos autores, hay una afirmación de Lacan que difícilmente Pêcheux pueda suscribir: “En efecto, hay algo radicalmente inasimilable al significante. La existencia singular del sujeto sencillamente” (Lacan, 2009, p. 256).

Referencias

GREIMAS, Algirdas. **Semántica estructural**. Madrid: Gredos, 1987.

GRUPO MU. **Retórica general**. Barcelona: Paidós, 1987.

HAROCHE, Claudine; HENRY, Paul; PÊCHEUX, Michel. La sémantique et la coupure saussurienne: langue, langage, discours. **Langages**, n. 24, p. 93-106, 1971.

JAKOBSON, Roman. Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de trastornos afásicos. *En*: JAKOBSON, Roman; HALLE, Morris. **Fundamentos del lenguaje**. Madrid: Ciencia nueva, 1967.

KARCZMARCZYK, Pedro. La problemática teórica althusseriana y *Las verdades evidentes*. *En*: PÊCHEUX, MICHEL. **Las verdades evidentes**. Lingüística, semántica, filosofía. CABA: Centro Cultural de la Cooperación, 2016.

LACAN, Jacques. La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud. *En*: **Escritos I**. México D.F.: Siglo XXI, 2003a.

⁷ “En este sentido es en el que se ha de entender la enigmática frase lacaniana que define al sujeto como una ‘respuesta de lo Real’: podemos inscribir, circundar el lugar vacío del sujeto a través del fracaso de la simbolización de éste, porque el sujeto no es sino el punto fallido del proceso de su representación simbólica” (Žizek, 2003, p. 225).

⁸ La combinación “supone que el orden general resulta del encuentro de los elementos, que preexisten en el marco de ordenamientos anteriores, pero que a su vez resultan transformados al integrarse en un nuevo orden” (Karcmarczyk, 2016, p. 26).

LACAN, Jacques. La metáfora del sujeto. *En: Escritos II*. México D.F.: Siglo XXI, 2003b.

LACAN, Jacques. **El seminario: Libro 3**. Buenos Aires: Paidós, 2009.

LE GUERN, Michel. **La metáfora y la metonimia**. Madrid: Cátedra, 1978.

MACHEREY, Pierre. Lengua, discurso, ideología, sujeto, sentido: de Thomas Herbert a Michel Pêcheux. **Décalages**, v.2, n. 4, 2015. Disponible en: https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.7326/pr.7326.pdf

PÊCHEUX, Michel. **Las verdades evidentes**. Lingüística, semántica, filosofía. CABA: Centro Cultural de la Cooperación, 2016.

ZIZEK, Slavoj. **El sublime objeto de la ideología**. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.

Recebido em 8 de dezembro de 2023

Aceito em 3 de outubro de 2024.